

La música y el psicoanálisis

Por: ENRIQUE GUARNER

EN el libro intitulado «El mono desnudo» que fuera publicado en 1967, Desmond Morris hace la observación de que la mayoría de las madres arrullan a sus hijos tomándolos próximos a la porción izquierda de su pecho. En un principio, el zoólogo inglés pensó que esta acción pudiera deberse a que la mayoría de los seres humanos son diestros y en cualquier momento necesitan usar la mano de ese lado. Sin embargo, también las mujeres zurdas repiten la misma postura y asimismo se percibe el gesto similar en todas las pinturas donde se ensalza la maternidad.

A continuación agrega Desmond Morris que en algunas casas cuna se instala en los altavoces un ritmo que se asemeja al latido del corazón y los niños que allí permanecen suelen dormir mejor y lloran menos. Con lo anterior se podría concluir que la consonancia, simetría y repetición del movimiento cardíaco constituye la primera música que al venir al mundo escuchamos.

De inmediato nos preguntaremos ¿cuál será el origen del sonido cantado?, y la respuesta es una sola; el grito. Desde el punto de vista físico, éste no resulta otra cosa que un ruido irregular que se transmite a través de las vibraciones del aire. Psicoanalíticamente representa la expresión de la angustia, la agresión y el dolor, o también el placer, la victoria o el vencer el peligro.

Nacemos gritando y el alarido que emitimos se vuelve la señal de que hemos logrado la independencia y podemos respirar fuera del vientre materno. A lo largo del primer año de vida, el llanto y los chillidos se repiten sin cesar frente al hambre, la sed, el abandono y la soledad clamando por la reunión con la madre protectora.

El paso acústico que nos separa de los animales es la transformación del grito añadiéndole la tonalidad. El mismo canto de los pájaros por más bello que suene, carece de una organización definida. En realidad el agregar tono a los sonidos se deriva de la posibilidad de reprimir los impulsos, puesto que la inflexión de la voz es un grito adiestrado que alcanza la sublimación en un cantante de ópera como pudiera haber sido Ca-

Una composición musical se produce al combinar y seleccionar los tonos en un tema. La melodía resultante no es otra cosa que una relación sonora armónica de sonidos distintos que se continúan y son registrados en la memoria provocando su persistencia en la mente.

Los temas musicales suelen poseer variaciones o cambios alternantes dentro de la melodía. Ellas requieren de una repetición a la cual se denomina el ritmo. Quedará por último el contrapunto como una adquisición definitiva dentro del campo musical, aunque nunca sea un elemento imprescindible. En realidad es una técnica para introducir dos melodías cantadas al mismo tiempo por una pareja de voces, conservando cada una su sentido propio en forma independiente.

El psicoanalista Enrique Racker señala que los utensilios que usa el hombre constituyen proyecciones de sus miembros y órganos. Por ejemplo, el martillo se deriva de la unión del antebrazo con la mano cerrada; las tenazas se forman cuando los dedos atrapan algún objeto y las tijeras son consecuencia del corte que se ejecuta al cercenar por medio de los dientes.

De la misma manera los instrumentos musicales resultan proyecciones simbólicas y pone por ejemplo los metales como consecuencia de la voz; la flauta y el clarinete con su obvia connotación sexual; el piano sería un órgano de Corti de enormes dimensiones; el violoncello un abrazo con la mujer y los bongós representarían el golpear a los glúteos.

La música clásica

Poco conocemos lo que ha sobrevivido de la música primitiva de Egipto, Babilonia, Grecia y aún Roma, pero la tradición nos enseña que a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento, la mayoría de las composiciones poseían como único propósito glorificar a Dios. Resulta curioso el que a excepción de los trovadores nadie se ocupara musicalmente hablando del amor.

No fue hasta 1607 cuando Claudio Monteverdi introdujo a la figura femenina en su «Orfeo». El mismo Gluck en su ópera «Orfeo y Eurídice» que fuera escrita siglo y medio después tuvo que seguir la misma línea de representar simbólica-

mente a la mujer valiéndose de la mitología helénica.

Puede afirmarse que fue Wolfgang Amadeus Mozart quien en «Las bodas de Fígaro» presentó personajes femeninos de carne y hueso que eran tiernos, afectuosos y sonrientes. La hipersexualidad de este genio de la composición quedó plasmada en su obra maestra «Don Giovanni» estrenada en Praga en 1787.

En el «Fidelio», Ludwig van Beethoven dio cabida a su frustración con las mujeres, cantando toda clase de elogios hacia el matrimonio como el ideal del hombre. Héctor Berlioz en la «Sinfonía Fantástica» que data de 1830 muestra su pasión obsesiva hacia la soprano Harriet Smithson, las cual representaba entonces a su amada imposible.

Federico Chopin debe ser considerado como el mayor de los románticos y casi todas sus composiciones poseen una inspiración sensual llenas de suavidad y delicadeza. Frecuentemente están intoxicadas por su vida tormentosa con la escritora George Sand. La apoteosis de la música romántica es alcanzada por Richard Wagner quien en «Tristan e Isolda» hace una exaltación del erotismo y del deseo. Tampoco podemos dejar de mencionar aquí la ópera más popular de una mujer que lleva a la perdición al hombre y me refiero a «Carmen», compuesta por Goerge Bizet, que fuera tan admirada por Nietzsche.

No podemos olvidar la música incidental a «Sherezade», por Nicolas Rismky Korsakoff con su liminoso sonido y sexualidad oculta. También debemos añadir a Piotr Ilich Tchaikovsky quien con su homosexualidad reprimida y borrascosa escribió las melodías de mayor intensidad que yo conozca. En la ópera de Dmitri Shostakovich intitulada «Macbeth de Mtsenk» el acto sexual es interpretado por medio de la estridencia de los trombones.

Dos danzas de carácter orgiástico son conocidas dentro de la música clásica, la primera sería el «Bolero», de Maurice Ravel caracterizado por un tema con variaciones que van creciendo hasta alcanzar su apogeo. También existe la danza de los siete velos que para la ópera «Salomé» compuso Richard Strauss y que constituye una glorificación del arte de seducir.

La música popular

La infinita cantidad de

canciones y músicaailable que existe y que ha dejado huella se debe a que nos identificamos con aquello que el compositor escribe. Cuando reflexiona uno sobre su contenido nos damos cuenta de la importancia que ha tenido la ambivalencia en las partituras. En más, el jazz nació en la calle Longstree de Nueva Orleans donde existían tanto los burdeles elegantes como aquellos de menor categoría. Los jazzistas partían de la idea de ensalzar las relaciones sexuales pecaminosas que allí se efectuaban. Incluso si los clientes demandaban un desnudo, alguna de las mujeres lo verificaba en el estrecho escenario o aún sobre la mesa del lugar. Es decir, que la música constituía un desajuste que permitiera liberar los impulsos rompiendo con la represión. La pulsación rítmica del jazz se volvió socialmente aceptable cuando se exportó a otras ciudades y países.

Por otra parte en el Caribe nació otra música popular en la cual no se puede negar su naturaleza erótica, dado que constituye una danza donde predomina el movimiento acentado de las caderas. Primero apareció la rumba, después la conga y finalmente la guaracha que reunía un ritmo más complicado de 6/8. Muchas de estas expresiones armónicas como el danzón en las que las parejas se movilizan en centímetros en la pista poseen un carácter lujurioso.

El bolero que inicialmente fue cubano alcanzó su apogeo en México con las grandes creaciones de Agustín Lara. Por cierto que el músico veracruzano trabajó como pianista en un burdel y en una mayoría de sus composiciones hace elogios románticos de la mujer, mientras en otras canciones reclama la venganza. Esto mismo puede decirse de Gonzalo Curiel, Gabriel Ruiz y hasta de Armando Manzanero.

De los compositores norteamericanos el que ha escrito un mayor número de canciones con un contenido sexual ha sido Porter. Pero no debemos olvidar a Gershwin o a Harold Arlen.

Quisiera finalizar este artículo mencionando a aquellos que pasivamente gozamos de la música sin crearla. En realidad ella nos suministra un raro placer que nos permite alcanzar un estado regresivo en el cual al identificarnos con el compositor y su intérprete se liberan nuestras imágenes visuales internas rompiendo los límites del Yo.